

LETRAS NUEVA CITA CON EL ESCRITOR FRANCÉS

El autor cuenta sueños

Impedimenta rescata 'La cámara oscura', otro título inédito de Georges Perec, un escritor imprescindible que encarna el rostro más amable del experimentalismo

IGNACIO F. GARMENDIA | ACTUALIZADO 23.12.2010 - 05:00

0 comentarios 0 votos



El recuento de los sueños es una de esas descortesías que sólo permitimos a las personas muy queridas, sea en la vida real o en el verdadero pero fantasmático ámbito de la literatura. Pocos ejercicios hay que puedan ser más exasperantes para el que escucha -e infecundos para el relator, dado que la mayoría de ellos son más bien inexplicables fuera de un contexto personal- que la narración de los sueños, por lo común resuelta en una enumeración de visiones sólo parcialmente recordadas y más o menos oscuras, abstrusas e ininteligibles. Difícilmente, a no ser que medie una sincera relación de afecto o se dedique uno profesionalmente a la desprestigiada disciplina del psicoanálisis, puede salir nada estimulante de ese hábito más bien enojoso y prescindible, como el discurso de los buenos deseos, el rosario de las quejas reiteradas o el despliegue de las obsesiones de cualquier especie.



El escritor Georges Perec (París, 1936 - Ivry, 1982) lee un ejemplar de una revista en una fotografía tomada en 1978.

Sin embargo, *La cámara oscura* de Georges Perec (Impedimenta), que se dedica justamente a eso, a contar los sueños del autor en un periodo de tiempo dado, es un libro hermoso y fascinante que hasta cierto punto complementa su justamente célebre *Je me souviens* (*Me acuerdo*, Berenice, 2006). No es una novela ni nada que se le parezca. Tampoco puede entenderse como una rara extravagancia en la trayectoria de Perec, puesto que todos los libros del francés -desde el inaugural *Las cosas*- fueron raros y extravagantes. Ya hemos hablado aquí de la singularidad de Perec y de la vigencia -insospechada, porque muy pocos de los experimentalistas contemporáneos han envejecido dignamente- de su apuesta literaria, a propósito de otros de los títulos del autor recuperados por Impedimenta. Ahora, como ya hizo con la jubilosa miscelánea reunida en *Lo infraordinario* (2008) o con la más triste y desesperada *Un hombre que duerme* (2009), la poeta madrileña Mercedes Cebrián nos acerca otro de los colosales divertimentos de Perec, que tampoco había sido hasta la fecha traducido en España.

No existe el peligro mencionado por dos razones. La primera, que Perec es un autor muy querido, como las personas a las que toleramos largas confidencias. La segunda, que los sueños de Perec son menos aparatosas transcripciones del trasmundo, que pura y simple literatura. Escribe el autor: "Un tropel de polis en peregrinación se junta en una gran explanada; no son antdisturbios sino más bien guardias acordonando el itinerario de una personalidad". O bien: "Aunque poseas la certeza de ser joven todavía, no debes de serlo tanto, pues ya dos de tus más queridos amigos han muerto y un tercero está muriendo..." O bien: "Después de no sé qué peripecias, me encuentro compartiendo piso con un desconocido. Una de las particularidades de este apartamento es que posee una entrada muy amplia, en realidad mucho más amplia que las demás dependencias y cuartos. Quizá el reparto de esta entrada plantee un primer problema". Y rápidamente percibimos que no nos las estamos viendo con un epatador profesional, con un esforzado autoanalista o con un bobo solemne -categorías no incompatibles, como es sabido-. Esbozos de situaciones, fragmentos que aportan apenas una atmósfera, casi poemas o verdaderos microrrelatos, todo cabe en esta sugerente compilación de factura inequívocamente perequiana.

"Creí que anotaba los sueños que tenía: me di cuenta de que, muy pronto, solamente soñaba para escribir mis sueños", afirma Perec al frente de *La cámara oscura*, cuyo título original, por cierto, permitiría establecer un interesante paralelismo con la narrativa de Modiano. Sería fácil conectar su poética con el programa freudiano o la tradición surrealista, pero los sueños de Perec tienen una encarnadura bastante más asentada en la realidad -piénsese en la pesadilla recurrente de los campos de concentración, presente desde la primera entrada- que remite a episodios, personas y escenarios de su pasado, de su trabajo como escritor o de su vida cotidiana. No se trata, así pues, o no apenas, de fantasías